

parecer desprendidas de un cuaderno, y que sin duda estaban allí por casualidad; recogílas maquinalmente y ví que eran notas aisladas, frases sin principio ni fin; pero conseguí descifrar, no sin trabajo, el desenlace de la historia de María.

Cierta noche, el anciano barón H.... se dirigía á su alcoba apoyado en el brazo de su amigo Franz Bickert, y al llegar al centro de la galería, divisaron un fantasma que llevaba una lamparilla y parecía salir de la habitación de la joven. Ante aquel espectáculo, el barón, poseído de terror, exclamó: «¡Es el mayor, amigo Franz, es el mayor danés!...»

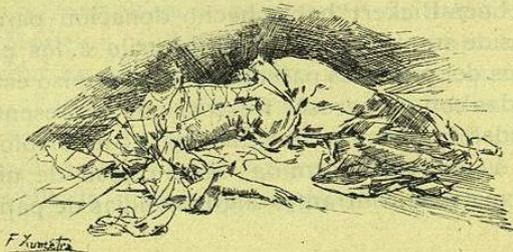
El fantasma se desvaneció sin que se oyera ruido alguno, y el barón entró en la habitación de su hija presa de la mayor inquietud. María reposaba, bella como un ángel del cielo, y en sus labios vagaba una dulce sonrisa. Hipólito había vuelto de la guerra; el matrimonio debía efectuarse al día siguiente, y junto á la encantadora joven dormida veíase el traje de boda sobre el sofá.

Al día siguiente los novios fueron á la iglesia; pero en el momento de arrodillarse al pie del altar, María cayó en tierra...

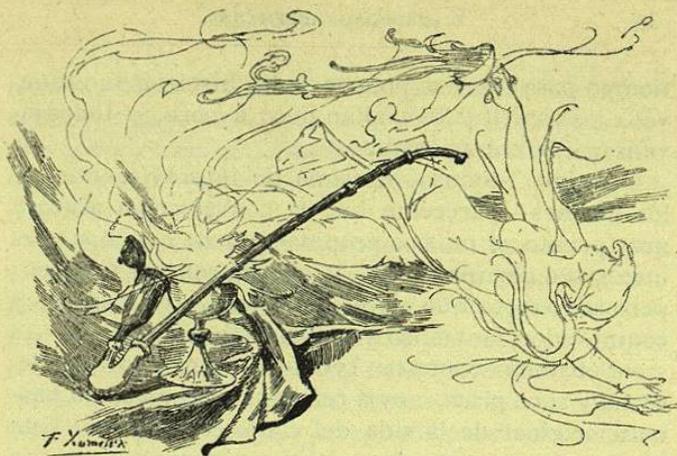
Estaba muerta... El magnetizador había absorbido su alma.

Todos aquellos que la habían amado, siguiéronla muy pronto á la tumba.

Y nadie supo lo que había sido del doctor Alban.



EL CANTO DE ANTONIA



EL CANTO DE ANTONIA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV. DE LEÓN
"ALFONSO REYES"
Vdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Los compañeros del alegre club de Serapión se han reunido por la noche á primera hora en casa de Teodoro. La nieve, impelida por un viento helado, azota los cristales de las ventanas, haciéndolos retemblar en sus marcos de plomo; pero en la vieja chimenea arde un montón de leña que despide brillantes fulgores, y su cálida claridad acaricia con mil caprichosos reflejos oscuros tapices, cuya vetustez contrasta con la loca alegría de las personas reunidas en la habitación. Muy pronto se encienden las pipas, improvisanse asientos, y todos se colocan, por orden de antigüedad, al rededor de un velador donde llamea en un bol el ponche fraternal. Todos los individuos de la asamblea están allí; nadie falta al llamamiento del deán; la copa de Bohemia se ha llenado y circula; la conversación se anima, y el

tiempo pasa; pero el ponche y las historias se renuevan; los espíritus se exaltan poco á poco, y todos rivalizan en excentricidad...

—Amigo Teodoro—exclama de improviso uno de los jóvenes—pareceme que la conversaci3n acabará muy pronto si no nos propinas una de esas historias que hacen dormir de pie, y que tú refieres tan bien; pero adviértote que necesitamos algo extravagante y conmovedor, fantástico y antinarcótico...

—Bebamos—contesta Teodoro;—tengo lo que deseáis, y si os place, voy á referiros una anécdota bastante original de la vida del consejero Krespel. Este digno personaje, que ha existido en carne y hueso, era verdaderamente el hombre más singular que he conocido en mi vida. Cuando fuí á la Universidad de H^{***} para asistir á los cursos de filosofía, no se hablaba en la ciudad más que del consejero Krespel. Figuraos que mi hombre gozaba en aquella época de gran reputaci3n como jurista y diplomático. Un principillo de Alemania, cuya vanidad era bien conocida en todo el dominio, había llamado á Krespel á su residencia para encargarle la redacci3n de una memoria destinada á justificar sus derechos sobre cierto territorio próximo á su principado, territorio que pensaba reclamar ante el Tribunal del Imperio. El asunto tuvo buen resultado, y en el exceso de su alegríá, el príncipe prometió á su favorito, en recompensa de la famosa memoria, satisfacer el deseo más exorbitante que pudiera concebir. El honrado Krespel se había quejado siempre de no haber podido encontrar casa alguna á su gusto, é imaginó mandar construir una á expensas del príncipe, quien llevó su condescendencia hasta el punto de ofrecerse á comprar el terreno que el consejero eligiera; pero este último se contentó con un jardinillo que aquél poseía á las puertas de su residencia, en un sitio de los más pintorescos. Krespel se ocupó ante todo en

reunir y hacer transportar los materiales del futuro edificio, y desde entonces se le vió todos los días, vestido con un traje extravagante, hecho por él mismo, muy ocupado en desleir la cal, tamizar la arena y formar pilas de ladrillos.

Terminados estos preparativos, sin llamar á ningun arquitecto, ni ocuparse al parecer en plano alguno, cierta mañana, nuestro hombre fué á buscar á la ciudad de H^{***} á un hábil maestro de obras, y rogóle que enviara á su jardín al día siguiente el número necesario de albañiles para edificar lá casa. El maestro quiso, naturalmente, discutir y arreglar el precio de la mano de obra, y no fué poca su sorpresa cuando Krespel le dijo gravemente que aquella precauci3n era inútil, y que todo se arreglaría sin discusi3n ni entorpecimiento. Al día siguiente, al rayar el alba, cuando el maestro de obras llegó, vió una zanja en forma de cuadrado regular, y Krespel le dijo: «Quiero echar aquí los cimientos de mi casa, y después haréis que levanten las cuatro paredes de recinto hasta que me parezcan bastante altas...

—¡Cómo!—exclamó el maestro de obras.—¡Sin ventanas, ni puertas, ni tabiques interiores! ¿Lo habéis reflexionado bien?

Y miraba á Krespel cual si creyese que estaba loco.

—Haced lo que os digo, buen hombre—replicó friamente el consejero;—todo se hará á su debido tiempo.

Fué necesaria la seguridad de que se le pagaría generosamente, para que el maestro de obras se aviniese á emprender aquella construcci3n, que le parecía absurda. Los albañiles dieron principio á su tarea alegremente, burlándose del propietario; trabajaban día y noche, y comían y bebían bien á expensas del consejero, que casi siempre estaba á la vista. Los cuatro muros se elevaban cada vez más, hasta que un día Krespel gritó: «¡Basta ya!» Los albañiles se detuvie-

ron como verdaderos autómatas, bajaron de sus andamios y colocáronse en círculo al rededor del consejero, mirándole con una expresión irónica que parecía decir: «¿Qué haremos ahora, maestro?...—¡Paso, paso!—gritó Krespel, después de reflexionar dos minutos; luego corrió hacia un extremo del jardín, volvió hacia los muros, contando los pasos, encogióse de hombros con aire descontento, repitió la misma pantomima en todos los lados del recinto, y al fin, herido al parecer de una idea súbita, dirigióse con la cabeza baja hacia un punto de aquel y gritó con todas sus fuerzas: «Por aquí, muchachos, por aquí; coged los picos y practicad la abertura de una puerta.» Así diciendo, trazaba con un carbón en la pared las dimensiones exactas. El nuevo trabajo fué cosa de poco tiempo; Krespel entró en la casa, sonriendo como hombre satisfecho de su obra; pero el maestro albañil le advirtió que las cuatro paredes tenían solamente la altura de dos pisos. Krespel, sin escucharle, paseaba en el interior, seguido de los peones, que llevaban azadas y martillos; medía y calculaba y daba sus órdenes al punto: «Aquí una ventana de seis pies de alto por cuatro de anchura, decía; allí otra más pequeña, de tres pies de elevación por dos de ancho.» Y á la palabra seguía la obra.

—Ahora bien, amigos míos, sabed que cuando se efectuaba ese singular trabajo, asunto de las conversaciones de todo el mundo, fué cuando yo llegué á H^{***}; y á fe que era muy divertido ver á centenares de curiosos con la nariz pegada á la verja del jardín de Krespel, que daban *vivas* cuando se desprendía alguna piedra ó se abría otra ventana. Todos los demás trabajos de aquella famosa construcción se ejecutaron de la misma manera, sin plan preconcebido, y sólo por las inspiraciones espontáneas del consejero. La chocante singularidad de aquella obra, la confianza en el buen éxito, y más que todo la generosidad de Krespel,



EL CANTO DE ANTONIA

animaron el celo de sus trabajadores, y así es que, gracias á su actividad, la casa quedó terminada muy pronto. El conjunto exterior era tan extravagante como irregular; no había dos ventanas que se asemejaran, y todos los detalles parecían absurdos; pero examinada interiormente, aquella habitación era en realidad la más cómoda que se pudiera imaginar, según pude reconocerlo por mí mismo cuando, á los pocos días de haber conocido á Krespel, éste me invitó á visitarle. El consejero coronó su obra con una opípara comida, á la cual debían asistir únicamente los trabajadores que habían efectuado la construcción; el festín, por demás espléndido, debió ofrecer un golpe de vista muy original; los manjares, exquisitos, fueron devorados con ansia por bocas que seguramente no podían apreciar cosas tan delicadas; y terminado el banquete, las mujeres é hijas de los albañiles improvisaron un baile en el que tomó parte el consejero Krespel; cuando sus piernas, no muy seguras ya, rehusaron sostenerle más tiempo, empuñó un violín y tocó, para que sus convidados pudieran saltar hasta el amanecer.

El martes siguiente encontré al consejero en casa del profesor M***: jamás había visto una figura más extraña; todos sus movimientos eran tan bruscos y torpes, que á cada momento temía que rompiese alguna cosa; pero sin duda estaban allí acostumbrados á sus rarezas, pues la señora de la casa no se atemorizó al verle agitarse junto á una bandeja de porcelana de la China, ni menos cuando comenzó á saltar frente á un espejo de cuerpo entero. Llegada la hora de la cena, observé un cambio en el consejero Krespel; en vez de entregarse á sus pantomimas, dióle por charlar; emitía las más diversas ideas una después de otra, y hablaba de todo con singular volubilidad, siendo tan pronto su voz chillona como grave y lánguida. Al discutirse un punto sobre música, elogiöse á un compo-

sitor de moda: Krespel sonrió y dijo irónicamente: «¡Yo quisiera que cien legiones de diablos se llevasen al infierno á esos músicos de la murga!» Y al cabo de un momento gritó de improviso con voz estentórea: «¡Es un serafín para la armonía; es el genio del canto!» Y al decir esto, furtivas lágrimas humedecían sus ojos. Estas últimas palabras se referían á una célebre cantatriz de quien había hablado una hora antes con entusiasmo, y á no comprenderlo nosotros así, hubiéramos podido creer que nuestro hombre estaba loco.

Los criados sirvieron una liebre: Krespel separó los huesos y reclamó las patas, que le fueron entregadas alegremente por la hija del profesor, encantadora niña de cinco años. Los hijos de la familia parecían apreciar mucho al consejero, y no tardé en conocer la causa: acabada la cena, Krespel sacó del bolsillo una caja que contenía varios útiles de acero, y comenzó á tornear con los huesos de la liebre una infinidad de juguetes liliputienses, que sus amiguitos se repartían, profiriendo exclamaciones de placer.

De repente, ocurriósele á la sobrina del profesor M*** preguntar al consejero: «¿Cómo sigue, amigo mío, nuestra querida Antonia?» Krespel hizo una mueca, como el glotón que muerde una naranja agria; su faz pareció nublarse, y contestó entre dientes: «¿Nuestra querida Antonia?» El profesor, echando de ver el mal efecto producido por la inoportuna pregunta, dirigió una mirada de reprensión á su sobrina, y para distraer al consejero de su mal humor, preguntóle, estrechándole cariñosamente la mano: «¿Cómo van los violines?» Al oír esto, el semblante de Krespel pareció serenarse, y replicó al punto: «Muy bien, querido profesor; ahora desmonto el célebre violín de Amati, que por una feliz casualidad pude adquirir últimamente, y espero que Antonia hará lo demás». — «Antonía es una niña encantadora, repuso el profe-

sor.» — «¡Un ángel!» exclamó Krespel, sin poder reprimir un sollozo. Y levantándose bruscamente, cogió el bastón y el sombrero y salió presuroso, como un hombre trastornado. Parecióme tan extraño aquel proceder, que no pude menos de preguntar al profesor algo sobre la historia del consejero.

— ¡Ah! — me dijo — es un hombre muy singular; construye violines con tanta habilidad como la que tiene para redactar sus memorias; cuando acaba de hacer uno de esos instrumentos le prueba durante una hora ó dos, haciéndole producir sonidos deliciosos; después le cuelga en la pared junto á los demás y no vuelve á tocarle. Si puede comprar el violín de algún maestro célebre, le toca una vez, desmóntale después pieza por pieza y guarda los pedazos en un cofre muy grande, que ya está lleno. — ¿Pero quién es esa Antonia? pregunté con impaciencia. — Es un misterio, contestó gravemente el profesor. El consejero vivía hace algunos años en una casa aislada de la calle ***, con una anciana ama de gobierno; sus singulares costumbres excitaron la curiosidad de sus vecinos, y para sustraerse á ella trabó algunos conocimientos, á fin de presentarse en varios salones. Como era amable, se le cobró cariño; y todos le tenían por célebre porque jamás hablaba de su familia. Al cabo de cierto tiempo se ausentó por algunos meses, y el mismo día de su vuelta vióse por la noche su habitación iluminada; una deliciosa voz de mujer mezclaba sus notas con las de un piano y de un violín, que producía mágicos sonidos. Los transeúntes se detenían en la calle, y los vecinos escuchaban en las ventanas. Á eso de la media noche el canto cesó; entonces oyóse la voz del consejero, dura y amenazadora; otra voz de hombre parecía dirigirle reconvenciones, y de vez en cuando las quejas de una joven interrumpían la discusión. De repente, la mujer profirió un grito penetrante; después

resonó en la escalera un ruido como de pasos apresurados; un mancebo salió de la casa llorando, subió á una silla de posta que le esperaba cerca de allí, y la casa volvió á quedar silenciosa. Todos se preguntaban el secreto de aquel drama; pero como al día siguiente se presentase Krespel tranquilo y sereno, según costumbre, nadie osó interrogarle. Sin embargo, la anciana ama de gobierno no pudo resistir á la tentación de referir en voz baja, á cuantos querían oírla, que el consejero había traído consigo una joven llamada Antonia; que un pretendiente, perdidamente enamorado de ella, los había seguido, y que había sido necesaria la cólera del consejero para expulsarle de la casa. En cuanto á las relaciones de Antonia con Krespel, eran un secreto que la anciana no conocía aún; pero dijo que su amo secuestraba odiosamente á la joven; no la perdía de vista jamás, y hasta prohibíale cantar para distraerse. Por eso el canto de Antonia, que sólo se había oído una vez, sirvió de asunto á una maravillosa leyenda del barrio: ninguna cantatriz obtendría ya aplausos en la ciudad, porque, según aseguraban, sólo Antonia sabía cantar.

Lo que me había dicho el profesor impresionó de tal modo mi espíritu, que todas las noches pensaba en ello, hasta el punto de llegar á enamorarme locamente de aquella á quien no había visto; ya no pensaba sino en los medios de introducirme en casa de Krespel para ver á la misteriosa Antonia, jurarle un amor eterno y sustraerla á su tirano. No obstante, las cosas tomaron un aspecto muy pacífico, pues apenas hube encontrado dos ó tres veces al consejero, y halagado su manía hablándole de violines, él mismo me rogó que fuera á verle a su casa. Dios sabe lo que experimenté al oír aquella oferta; parecióme que el cielo se abría ante mí. El consejero Krespel me enseñó todos sus violines, sin perdonar uno solo, y por cierto que

tenía más de treinta; uno de ellos, de construcción muy antigua, estaba suspendido á mayor altura que los demás, y adornado con una corona de flores.

—Este violín—me dijo Krespel—es la obra maestra de un autor ignorado, y sus sonidos magnetizaban con su irresistible encanto. Jamás tuve valor para desmontar ese instrumento y estudiar su estructura, porque me parece que está animado y que yo sería su asesino; muy rara vez le toco, y sólo para mi Antonia, que cuando escucha sus sonidos experimenta las más dulces sensaciones.

Al oír el nombre de Antonia me estremecí, y dije al consejero con el acento más cariñoso:

—Mi buen amigo, ¿no me concederíais la gracia de tocar delante de mí, aunque sólo fuese un momento?

Krespel sonrió con ironía, y contestóme con voz gangosa, recalando cada sílaba: «No, señor estudiante, no puede ser.» Esta contestación me desconcertó; no repliqué una sola palabra, y Krespel acabó de enseñarme las curiosidades de su gabinete.

Antes de separarnos sacó de una cajita un papel doblado y me lo entregó, diciéndome con la mayor gravedad: «Joven, veo que apreciáis las artes; servíos pues aceptar esto como un recuerdo precioso.» Y sin esperar contestación, empujóme suavemente hasta la puerta, cerrándola apenas hube salido. Al abrir el papel ví que contenía un pedazo de cuerda de violín de media pulgada de largo, con la siguiente inscripción: «Fragmento de una de las cuerdas de violín con que el divino Stamitz montó su instrumento la última vez que tocó.» A pesar del proceder algo brusco del consejero, no pude resistir al deseo de volver á su casa; y no fué poca fortuna, pues en mi segunda visita encontré á la bella Antonia con Krespel, ocupada en arreglar las piezas de un violín que él desmontaba. Era una joven cuya intensa palidez me llamó la atención;